

JULIO LLAMAZARES

DESPUÉS DEL DILUVIO

(Una reflexión fugaz sobre el último cuarto de siglo en España)



Decía Alvaro Cunqueiro, en un artículo de 1976, que el nuestro es un país con un terror enorme a las encrucijadas. Lo decía refiriéndose a las encrucijadas de su tierra, pero, quizá sin saberlo, se estaba refiriendo a la que en nuestro país estábamos viviendo en aquel momento. La encrucijada que nos señalaría el camino que íbamos a recorrer en este final de siglo.

El miedo a las encrucijadas, en el caso de los españoles, tiene raíces antiguas. Nuestra historia es un complejo y desgarrado laberinto, suma de azares y de encrucijadas múltiples, y la memoria de los españoles está llena de fracasos y de repeticiones inútiles. Porque, aunque conocemos por las leyendas populares y los cuentos que el lobo ataca siempre por el camino de la izquierda y la peste y las almas en pena por el de la derecha, no es menos cierto lo que el propio Alvaro Cunqueiro, citando al antropólogo suizo Charles Ramuz, decía: que un hombre puesto en el centro de una encrucijada, a medida que va girando sobre sí mismo, tendrá todos los caminos a su izquierda y también a su derecha.

El problema de los españoles es que siempre nos hemos creído en una encrucijada. El estigma de los españoles es que nunca hemos sabido bien en qué lugar y en qué momento de la historia estamos. Ahora falta, por ejemplo, un par de años para el 2000 y su explosión milenarista y seguimos sin saber si mirar hacia detrás o hacia adelante, si echar a caminar hacia el futuro o quedarnos contemplando eternamente los restos del naufragio de este siglo. Hemos pasado, sí, con naturalidad pasmosa y en apenas unos años, del autarquismo a la postmodernidad, del compromiso y el desencanto a la movida y la postmovida, pero, en el fondo, seguimos debatiéndonos en una incertidumbre hamletiana que hace que entre nosotros convivan fantasmas de aquel pasado con los surgidos tras el diluvio. Un diluvio que, sobre la desolación de tantas vías muertas, entre el provincianismo vertebrado de otro tiempo y el cosmopolitismo y modernismo de salón que ahora han venido a sustituirlo, ha creado una cultura de barniz que cubre su indigencia sempiterna con los ropajes y piedras falsas de un impostado universalismo. Una cultura autocomplaciente y hueca, tan hueca como superflua, que, en el fondo, lo único que explica es su falta de calado y su apuesta real por el futuro; ese lugar en el que, nos guste o no, habremos de vivir el resto de nuestros días.

Esta es una reflexión fugaz, o mejor, varias reflexiones, extraídas de los artículos que fui escribiendo en todo este tiempo, mientras caía el diluvio.



1. El fin de los intelectuales

Al hilo de un congreso de intelectuales, creo que el celebrado en Valencia para conmemorar otro celebrado en esa ciudad en plena guerra civil, la escritora italiana Rossana Rossanda escribía a principios de los ochenta en el diario *El País*: "¿Para qué sirve un intelectual ahora?, y sobre todo: ¿qué intelectual?". Casi al lado, el enviado del periódico al congreso, el escritor Vicente Verdú, parecía responderle, preguntándose a su vez: "¿Quiénes son los intelectuales de hoy?. ¿Los maestros como Machado, los escritores, los locutores? ¿Podría decirse que los filósofos, los novelistas y los catedráticos guían hoy el pensamiento? ¿No podría decirse que los *nuevos intelectuales* no poseen ya la fisonomía de antes y que los emergentes, si los hay, no van nunca a los congresos?".

Las preguntas, como se ve, tiraban unas de otras como cerezas sacadas de un cesto en cuyo fondo alentaba simplemente la sospecha de que el intelectual como santón del pensamiento, al estilo de los de entreguerras, había desaparecido. En una sociedad cada vez más atomizada, en la que la tecnología avanzaba por delante del pensamiento y la complejidad de las ideas por detrás de su capacidad de mutación, los intelectuales como casta se habían convertido en dinosaurios cada vez más desplazados del verdadero debate de la contemporaneidad. Como escribió Peter Burke: ¿tienen algo que decir?

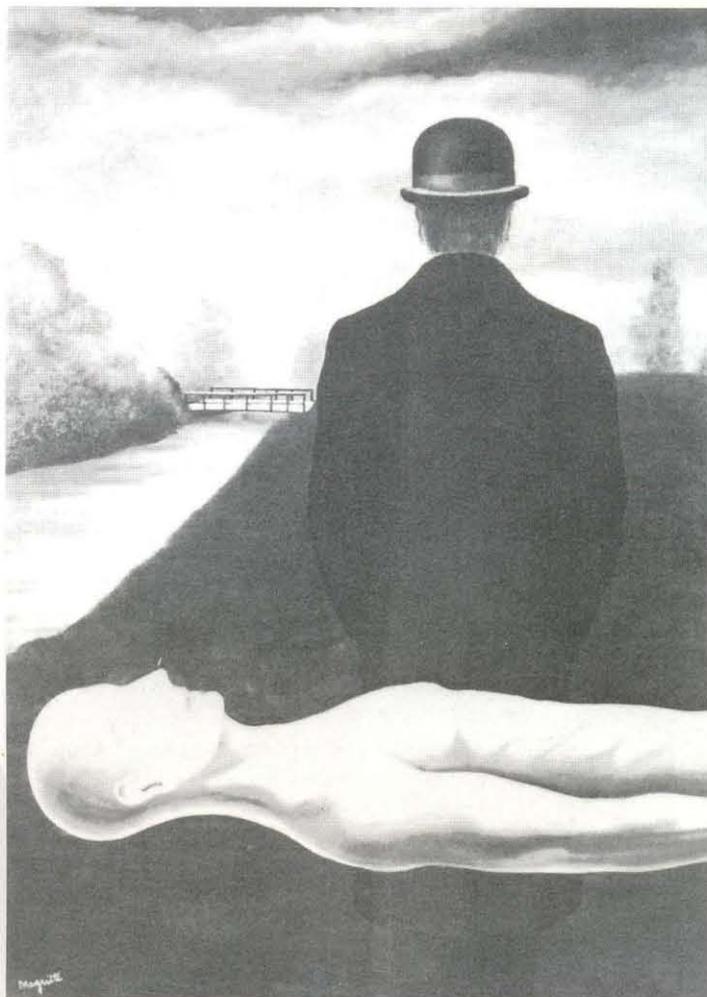
Por lo que se ve, parece que no. En aquel y en otros congresos, que se han seguido celebrando pese a todo y pese, sobre todo, al cansancio general, al final lo único que acaban tratando los intelectuales de este país no son los temas que afectan a todos, sino su propio sentido hoy; es decir, su razón misma de ser. *Los intelectuales y la historia*, *Los intelectuales y la memoria*, *Los intelectuales y la crítica*, títulos de algunos de esos congresos, subvencionados en su mayoría por las Universidades de Verano, esas gangas culturales de esta época, ilustran

claramente la situación a la vez que recuerdan aquel chiste escandinavo en el que se ridiculiza el ensimismamiento de los noruegos: tres niños, uno danés, otro sueco y otro noruego, son sometidos a un ejercicio de redacción sobre los elefantes. El danés escribe sobre la alimentación de los elefantes, el sueco sobre la vida sexual de los elefantes y el noruego sobre los noruegos y los elefantes.

Pero, en el caso de los intelectuales, no se trata ya tanto de ensimismamiento como de un cierto

complejo narcisista que les impide enfrentarse a la verdad. No se trata ya sólo de que, como escribía Rossanda, las formas ideológicas se han confundido o de que la soledad de sus figuras no se alza más sobre masas silenciosas y oprimidas, sino de que el intelectual ha sido suplantado por los medios de comunicación.

En efecto, ya no se trata sólo de pensar, sino también de comunicar. Negarlo sería tanto como negar la propia esencia de este tiempo, pero aceptarlo implica una gran dosis de humildad. La suficiente al menos como para que en este final de siglo nadie pueda seguir considerándose a sí mismo, de verdad y sin rubor, un intelectual.



2. La postmodernidad

A principios de los ochenta, también, se comenzó a hablar en España de la postmodernidad. O, para ser más exactos, del pensamiento débil, que era la filosofía en la que se sustentaba.

El pensamiento débil tuvo aquí una gran aceptación; lo cual no es extraño visto desde la distancia. Acostumbrados como estábamos a las pasiones fuertes (primero, el compromiso, y luego el desencanto), la aparición de esa tercera vía muerta que el pensamiento débil introducía vino a llenar un vacío ominoso entre nosotros y a convertirse en pro-



videncial coartada para muchos.

Porque, antes ya de que Vattimo y Rovatti patentaran en Italia su mágica receta, y mucho antes aún que lo introdujeran en España, el pensamiento débil, o la debilidad de pensamiento, que es lo mismo, ya impregnaba el corazón de todos nuestros políticos y de nuestros pensadores y artistas en ascenso.

Un país como éste, que pretendía haber pasado en sólo cuatro años del paleolítico inferior a la modernidad, necesitaba, obviamente, de un sustrato filosófico que explicara y legitimara la nueva situación. Eran los tiempos de la moda y del diseño; la época en la que bastaba entrar en un bar de moda, acudir a un acto público o abrir cualquier periódico para entender rápidamente y sin esfuerzo, no sólo que España estaba de moda, sino que el mundo nos envidiaba. Cualquier político que quisiera tener éxito en las urnas tenía que cuidar su *look* mucho más que su discurso. Cualquier artista que quisiera ser tenido en cuenta tenía que dedicar más tiempo a promocionar su imagen que a su trabajo. Y los demás, de arriba para abajo, como figuras recortables de los juegos infantiles, lo único que hacían era imitar a aquéllos, abandonando sus ideas y opiniones personales y haciendo ostentación de mimetismo. Ahora mismo, todavía, entre ciertas clases sociales, se considera muy moderno, por ejemplo, viajar mucho a Nueva York, aborrecer la memoria y la crítica, adorar la arquitectura y el diseño y, sobre todo, si uno quiere ser considerado culto, saberse de memoria y sin dudar los nombres de varios diseñadores y de nueve o diez modistos.

Lo demás, la pobreza latente, los conflictos sociales, las guerras, todo eso es miserabilismo. El simple hecho de hablar de ello se considera de mal gusto. Para lo que no nos gusta, el pensamiento débil aconseja la *percepción distraída*. Frente a la crítica al progreso y a sus efectos indeseados, se recomienda el eclecticismo. Ya no hay valores supremos, todos son admisibles.

Por eso, desde mediados de los ochenta, los viejos héroes del 68 y los desencantados del antifranquismo se han dedicado a invertir en Bolsa y a presumir de *yuppies* entre sus amigos.

3. La nueva religión

Como con el pensamiento débil, los italianos fueron también los que aquí dieron el primer paso. A mediados de los ochenta, los estudiantes que lo quisieron pudieron sustituir la clase de religión por otra de ecología. En España no tardamos en imitarlos.

El nuevo panteísmo que la ecología representaba no merecía, sin embargo, tan desdichado fin. Tras el antropocéntrico optimismo que la revolución industrial, en el pasado siglo, y la explosión del urbanismo y de la tecnología, en éste, supusieron, la ecología había venido a restaurar una vez más ese deseo de retorno a la naturaleza que, de manera periódica, el hombre repite. Hasta ahí, la ecología bebía, pues, en el romanticismo puro, esa sensibilidad que "a la conciencia de la escisión entre la naturaleza y el hombre responde con una desesperada, con una desmesurada nostalgia de una plenitud que tal vez, en algún momento, no fue ajena a la condición humana" (Rafael Argullol, *La atracción del abismo*).

El error de los ecologistas fue el pensar que ese retorno al paraíso original todavía era posible. La grandeza (y la tragedia) de los filósofos de la naturaleza (Herzen, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche) y de los artistas del romanticismo (Friedrich, Goethe, Rottman, Rilke) era precisamente esa conciencia de la desposesión que se tradujo, en un primer momento, en desamparo existencial y, luego ya, en cruel y torturado escepticismo. El hombre del romanticismo se sentía expulsado de la naturaleza, arrojado del paraíso. Pero, al contrario que los ecologistas, sabía y asumía la imposibilidad de cualquier tipo de retorno y, en el fondo, sólo buscaban la belleza de ese deseo y la agri dulce tortura de su melancolía. Los ecologistas, en cambio, han optado por caminos más bucólicos y menos *derrotistas*. Más franciscanos, en suma. Y así, aquella fuerza romántica que lo alentó en un principio (y que hizo, por ejemplo, que fuera en Alemania donde con mayor fuerza prendiera, allá por los setenta) se convirtió con el tiempo en una religión. En una religión de andar por casa para ateos idealistas.

4. El absurdo infinito

El escritor Antonio Pereira descubrió un buen día el infinito en la etiqueta de un bote de leche condensada en la que un niño rubio sostenía otro bote de leche condensada en cuya etiqueta el mismo niño sostenía otro bote de leche condensada en cuya etiqueta el mismo niño sostenía otro bote de leche condensada en cuya etiqueta, etcétera. En efecto, por más que uno se provea de una lupa, eso es el infinito: lo que nunca se acaba.

Los nacionalistas de todo el mundo, que no han leído a Pereira, ni han visto, al parecer, un bote de leche condensada, llevan años descubriendo el infinito a base de dividir la gran bola del mundo en mil pedazos. Tras una larga época de inmovilismo forzado por las circunstancias, la caída del bloque del Este, a nivel europeo, y de Franco, a nivel español, han hecho que de nuevo la fiebre nacionalista vuelva a recorrer Europa, provocando guerras y enfrentamientos o, en el mejor de los casos, problemas de incompreensión, como en el caso de España.

El problema es complejo, ciertamente, pero no por ello menos absurdo. Porque sí, efectivamente, el mismo derecho que España tiene a ser una nación lo tiene Cataluña, pongo por caso, que sí, como los portugueses en Aljubarrota, hubiera hecho triunfar su levantamiento de 1640 contra Castilla, ahora lo sería efectivamente y nadie, ni siquiera los más recalcitrantes españoles, se lo discutirían, no es menos cierto que, una vez admitido eso, y supuesta la independencia política de Cataluña, ¿con qué derecho se la podría negar ésta a Gerona, y Gerona al Ampurdán, y el Ampurdán al Bajo Ampurdán y así sucesivamente?. La hipótesis puede parecer grotesca, pero es perfectamente lógica (y, desde la perspectiva de la igualdad de derechos, indiscutible) y es más o menos, por otra parte, lo que les sucedió a los rusos y a los yugoslavos, con los tristes resultados ya sabidos.

En cualquier caso, lo que a mí me preocupa más es ese otro nacionalismo que tanto triunfa en España y que es ése que, a falta de la independencia, o mientras espera a que ésta les llegue, intenta ir la asentando poco a poco sobre la base de una cultura de campanario y de



un canto ensimismado y excluyente a lo local que para lo único que en verdad sirve no es para conocer lo propio, como pretenden sus defensores, sino para acabar descubriendo, como Pereira en el bote de leche condensada, el infinito en el propio ombligo.

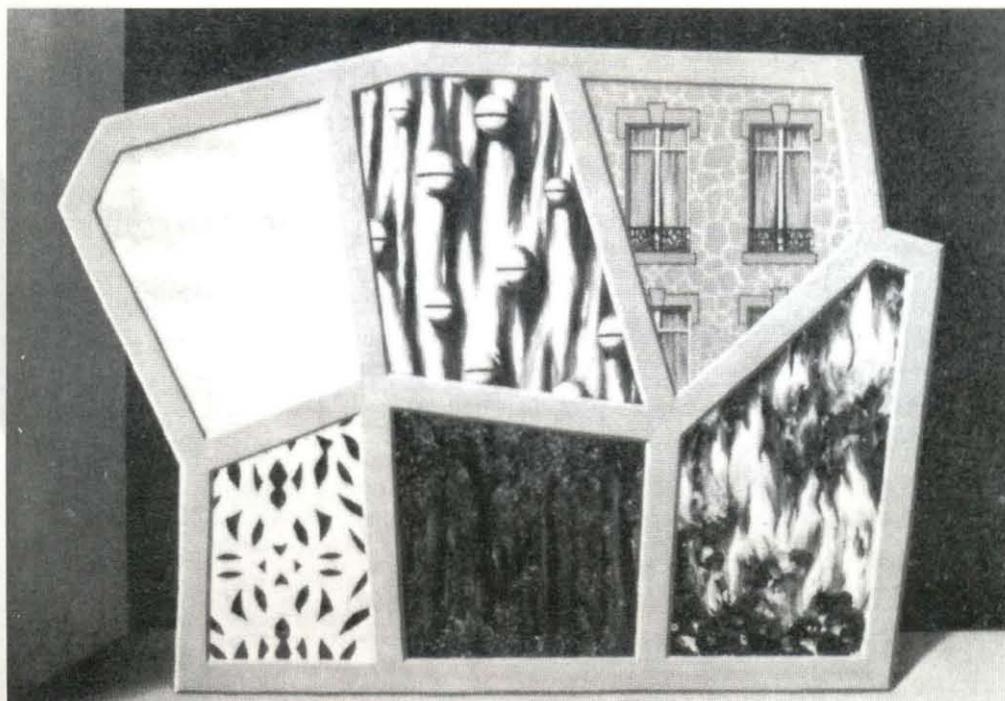
5. El ojo público

La obra más espectacular y sugestiva de Name June Paik, un coreano conocido por sus trabajos en el campo del vídeo-arte y de la experimentación audiovisual, se llama *TV Garden*, es decir, el Jardín de la Televisión. Name June Paik, tras más de treinta años dedicado a la investigación con las imá-

tenemos de la televisión, sino para entender también hasta qué punto ésta ha cambiado las leyes principales de nuestra relación con el entorno y, sobre todo, y especialmente, las leyes de poder. La única realidad *real* es la que existe en la pantalla; lo que la televisión no muestra no existe, no es real. Por eso, seguramente, y mal que nos pese a muchos, la única cultura que hoy existe en España y en el mundo es la cultura de la televisión.

6. El realismo sucio

Dirty realisme (realismo sucio) es el nombre con el que la crítica americana acabó bautizando el estilo literario que se impuso en su país en estas



Rene Magritte

genes, sobre todo con las de la televisión, declaraba a finales de los ochenta comentando el sentido de su Jardín de la Televisión: "La televisión ha quebrado los sistemas tradicionales de relación del hombre con el mundo. Ya no hay centro, sino un cúmulo de centros indistintos e infinitos. Ya no hay siquiera, en términos abstractos, gravedad".

Más allá de la exageración formal de su metáfora (en un jardín de 100 metros cuadrados, completamente a oscuras, 32 monitores de televisión plantados boca arriba sobre tallos de cristal, como si de girasoles futuristas se tratara), el montaje de Paik no dista mucho de lo que ocurre en la realidad. Una tarde perdida en cualquier hotel del mundo o una simple mirada a lo que en España está ocurriendo hoy bastarán para entender no sólo la dependencia que, en mayor o en menor medida, todos

últimas décadas. El nuevo estilo, que con anterioridad había recibido apelativos tan variopintos como los de *hiperminimalismo*, *ficción televisiva* o *narrativa de la escoria blanca*, debió sin duda su éxito a su capacidad para analizar una sociedad atravesada desde hacía ya algún tiempo por la desilusión del consumismo. Las novelas de esos realistas son relatos escuetos, descarnados, desnudos, paisajes espectrales y vacíos habitados por personas solitarias, por gentes sin pasado ni futuro cuya vida se reduce únicamente a sobrevivir como pueden en una sociedad que les condena de antemano a la incomunicación y el anonimato y en un mundo del que todo idealismo ya ha sido desterrado.

Con el puntual retraso de diez o veinte años que, en el mejor de los casos, nos separa de los americanos, el realismo sucio llegó a España en los



noventa, coincidiendo con el derrumbe del socialismo. Al principio, solamente como género literario, pero pronto ya también como un nuevo pensamiento que venía a sustituir al débil de los ochenta.

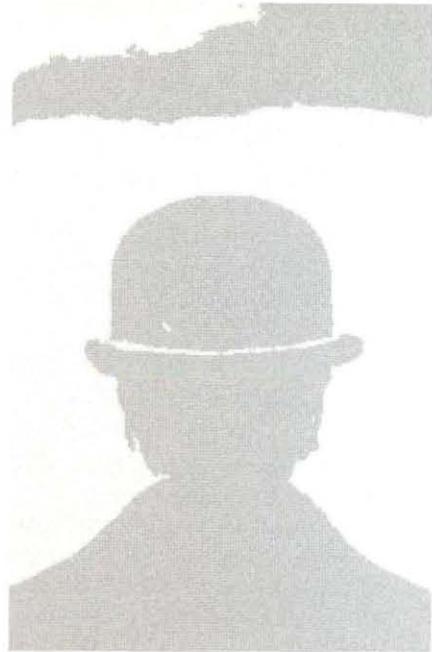
Era lógico. Después de años de complacencia, después de tanto tiempo de fiestas y movida, España estaba viviendo la gran depresión post-coitum que sucede casi siempre a todo sueño colectivo. Ciertamente que el nuestro no había sido el gran sueño americano, pero tampoco es menos ciertos que los efectos fueron los mismos. Tras la repentina riqueza de los pobres de Könbach que nos vendieron los socialistas, un día los españoles nos despertamos y comenzamos a ver que también nuestras ciudades estaban llenas de gente, como en los cuentos de Carver o de Jayne Phillips, que no tiene grandes casas ni modernos automóviles, que trabajan en turnos de noche o en jornadas partidas, que se emborrachan en sus casas frente al televisor, que viven las miserias de la cotidianidad y del consumo rápido, que van de un sitio a otro sin saber muy bien porqué y que, en definitiva, no esperan nada nuevo del futuro. Se llaman Paco o María en lugar de Linda o Mac, pero conocen igual que ellos el vértigo de la vida y sufren la soledad de la gran ciudad o de los pueblos perdidos en mitad de ninguna parte y la precariedad inevitable de cualquier contacto humano. Muchos de ellos vivieron la euforia de los años setenta y ochenta, conocieron el sexo y la libertad, creyeron en los héroes y se creyeron unos héroes ellos mismos y ahora, pasados aquellos años, arrastran sus existencias por los mismos desechos que tanto detestaron o sobreviven al margen del nuevo liberalismo. Otros, quizá sus hijos, llegaron ya lo suficientemente tarde a este país como para aprender en piel ajena lo sórdido y lo inútil de cualquier idealismo. Son los hijos del desengaño, las tribus de la apatía. Es otra generación -la última de este siglo-, que ya ha crecido. Detestan la política y la literatura, ignoran el pasado y las batallas, desprecian a sus padres tanto como a sí mismos y, como aprendieron a ver el mundo en la televisión, saben ya desde siempre que no deben esperar grandes cosas del futuro.

Quizá por eso, aunque no lo sepan, vistan y hablan como si fueran americanos y, cuando escriben o dicen algo, cosa que no hacen muy a menudo, lo hacen, como sus padres, los postmodernos, confundiendo lo ajeno con la modernidad. Esto es, confundiendo lo universal con el tocino.

7. Vista parcial de Cangas de Narcea

Desde que estoy en esto de la literatura, me han perdonado la vida tantas veces (incluso muchos de los que ahora me aplauden) que a veces dudo de si aún estaré vivo. Me han llamado de todo: localista, rural, provinciano, mesetario y hasta antiguo, todo por escribir de lo que mejor conozco, que es lo que siempre han hecho los escritores, y todo, por supuesto, en su acepción más peyorativa.

Durante mucho tiempo, ingenuamente, traté de responder a esas acusaciones explicándole a todo el mundo mi concepción de la literatura: que el escritor no elige los temas, sino que los temas le eligen a él (en función, entre otras



cosas, de su vida); que en novela lo de menos es el qué y lo de más el cómo; que ni el hábito hace al monje ni la apariencia al que escribe; que el valor universal de una novela se lo da su calidad y no el lugar en que ocurre y que provinciano es justamente la admiración de lo ajeno por ser ajeno y el desprecio de lo propio por ser propio, y no al revés. Pronto me di cuenta, no obstante, de que mis esfuerzos no servían para nada. En un país como éste repentinamente atacado, como los pobres de Könbach, del virus de la modernidad y en un tiempo como éste en el que lo que manda es el esnobismo, es muy difícil abrir paso a lo evidente, sobre todo cuando lo evidente choca con el gusto establecido. Mientras haya que explicar que el *Ulises* de Joyce, por ejemplo, es una novela universal por su calidad, no porque se desarrolle en Dublín (y que, si se situara en Zamora, seguiría siéndolo igual); mientras haya que luchar contracorriente para poder recrear la propia memoria en lugar de inventarse una mejor, el escritor realmente está perdido. Por eso yo hace tiempo ya que decidí dejar las explicaciones a un lado y pasar directamente a la ofensiva: antes de que me digan nada, le doy ya la razón a todo el mundo.

Pero nadie quiere entenderlo. Y el resultado salta a la vista. Salvo casos muy aislados, la literatura española (y el cine, y la arquitectura) parecen sacados del microondas o de folletos turísticos. Por eso, en estos casos, yo recuerdo al dueño de una tasca de Madrid que, sin saberlo ni pretenderlo, ha descrito como nadie la cultura española en este final de siglo. El hombre, que es asturiano, y por lo tanto ciudadano de todos los países, ha colgado tras la barra un enorme cartel de Nueva York con un letrero que dice: "Vista (parcial) de Cangas de Narcea".

